

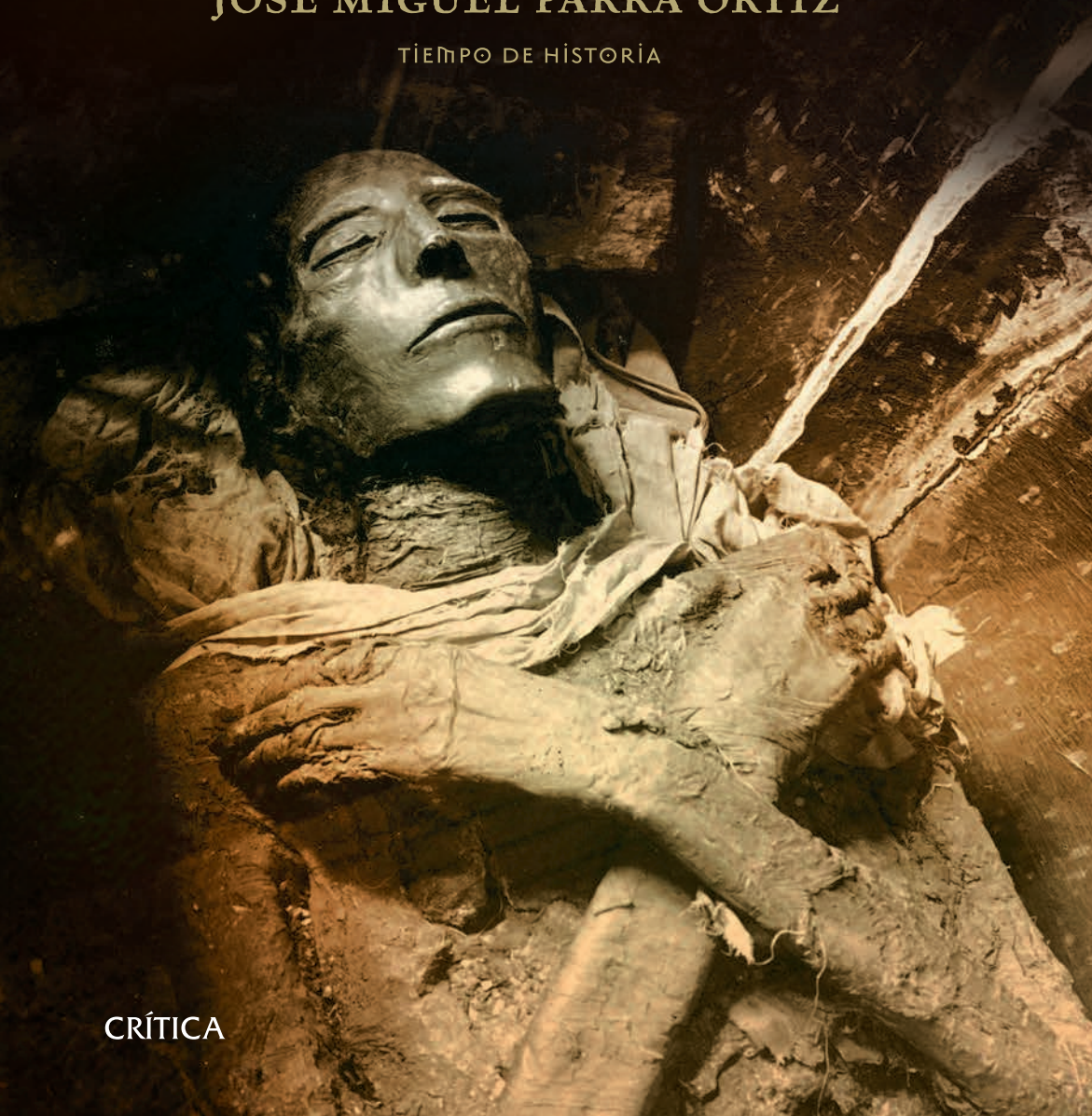
# Momias

LA DERROTA DE LA MUERTE EN EL ANTIGUO EGIPTO



JOSÉ MIGUEL PARRA ORTIZ

TIEMPO DE HISTORIA



CRÍTICA

José Miguel Parra Ortiz

# Momias

La derrota de la muerte  
en el antiguo Egipto



CRÍTICA  
BARCELONA

Primera edición: marzo de 2010

Primera edición en esta nueva presentación: octubre de 2015

*Momias*

José Miguel Parra

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© José Miguel Parra, 2010

© Editorial Planeta S. A., 2015

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

[editorial@ed-critica.es](mailto:editorial@ed-critica.es)

[www.ed-critica.es](http://www.ed-critica.es)

ISBN: 978-84-9892-880-8

Depósito legal: B. 20.489 - 2015

2015. Impreso y encuadernado en España por Book Print

# Índice

<i>Agradecimientos</i> . . . . .	9
<i>Introducción</i> . . . . .	11
<i>Cronología</i> . . . . .	15
<i>Mapa de Egipto</i> . . . . .	17
1. Las primeras momias egipcias en Europa. . . . .	19
2. Los orígenes de una costumbre ancestral . . . . .	41
3. El proceso de la momificación . . . . .	59
4. Los rituales de enterramiento. . . . .	79
5. Amuletos, estelas, sarcófagos... . . . .	99
6. Tumbas de ricos y pobres. . . . .	121
7. Las tumbas de los reyes . . . . .	139
8. Las momias de las pirámides . . . . .	157
9. Los despojos de los creadores del imperio . . . . .	177
10. Las momias reales de Tanis . . . . .	201
11. La paleopatología. . . . .	207
12. La arqueología de la muerte. . . . .	225
13. Las momias de animales . . . . .	243
14. Las momias en otras culturas . . . . .	255
15. La maldición de la momia . . . . .	271
<i>Conclusión</i> . . . . .	295
<i>Notas</i> . . . . .	297
<i>Bibliografía</i> . . . . .	315
<i>Lista de figuras</i> . . . . .	353
<i>Lista de fotografías</i> . . . . .	367
<i>Índice temático</i> . . . . .	371

# 1

## Las primeras momias egipcias en Europa

¿Cuándo empezó a saberse en Europa de la existencia de las momias egipcias? Sin duda, la costumbre faraónica de la momificación fue conocida por los pueblos vecinos de Egipto desde el momento mismo en que entraron en contacto con la cultura del valle del Nilo. Los enterramientos no eran algo secreto en Egipto —más bien al contrario— y menos aún el proceso preservador sufrido por los difuntos. Grecia fue la primera de las actuales naciones europeas en entablar una relación continuada con Egipto y, según fue aumentando el grado de contacto entre ambas culturas, más curiosos se mostraron los griegos al respecto de las momias egipcias. En el siglo VII a. C. los faraones egipcios empezaron a recurrir de forma habitual a mercenarios helenos para reformar las fuerzas egipcias en combate. Tanto fue así, que aquéllos terminaron asentándose en el propio Egipto; concretamente en el Delta, en ciudades como Náucratis, fundada para ellos. Es entonces cuando podemos considerar que las momias egipcias llegaron a Europa por primera vez, sobre todo por la presencia en la ciudad de numerosos mercaderes. No resulta nada extraño pensar que alguno se llevara como recuerdo a la Grecia continental una pequeña momia de animal para sorprender a sus vecinos y amigos. Más complicado parece pensar un suceso semejante con una momia humana, pero ¿quién sabe?


Es Heródoto (484-425 a. C.) el primero que nos ofrece, en el siglo V a. C., una descripción del modo de proceder de los embalsamadores egipcios, un claro indicio del interés que tales prácticas despertaban ya entre sus lectores. Pocos siglos después, durante la época de los Ptolomeos, la cultura macedónica del grupo gobernante y la cultura



FIGURA 1.1. Retrato de mujer romana anónima. Saqqara (325-350 d. C.).

faraónica del pueblo egipcio coexistieron en el valle del Nilo durante centenares de años, sin mezclarse, como el agua y el aceite. Las momias siguieron siendo entonces parte vital del devenir funerario de los egipcios; más que antes incluso, pues ahora

la momificación se había abaratado y estaba al alcance de las personas con menos posibles. Todo el mundo helenístico, heredero del desmembrado imperio de Alejandro Magno (356-323 a. C.), conocía las momias egipcias. Cuando Julio César (100-44 a. C.) y Marco Antonio (83-30 a. C.) convirtieron Egipto en una provincia del Imperio romano, la existencia de estas momias terminó por alcanzar el corazón de Europa. De hecho, como demuestran los retratos de El Fayum (Fig. 1.1), no fueron pocos los romanos asentados en el valle del Nilo que terminaron adoptando la práctica funeraria egipcia. Las momias habían pasado a ser un referente cultural más del mundo latino, exótico por su procedencia, pero inequívoco de la amplitud del imperio.

Las circunstancias que, siglos después, terminarían por desposeer a las momias egipcias de su nombre autóctono (*sab* ) comenzaron a gestarse también en la época romana. Durante este proceso acabaron por adquirir el nombre que hoy es universalmente empleado para referirse a ellas —con sus variantes nacionales, claro está—. El responsable, inocente, del comienzo del bautizo no fue otro sino Plinio el Viejo (23-78 d. C.); veamos cómo. En una de sus obras glosó las notables virtudes terapéuticas de un producto exótico recogido en las llanuras de la lejana Persia, donde a floraba de forma natural. Se trataba de una sustancia gomosa y negra de penetrante olor, que hoy conocemos como betún y los persas llamaban *mumia*. El tratado médico de Dioscórides (40-90 d. C.)



y el de Avicena (980-1037 d. C.) también se hacen lenguas de esta sustancia, remedio eficaz, tanto inhalada como ingerida, para tratar abscesos, erupciones, fracturas, epilepsias, vértigos... una auténtica maravilla. No es de extrañar que su uso se difundiera rápidamente por Europa. Comenzó entonces un próspero negocio de importación-exportación de una medicina que, hoy día, empleamos para asfaltar las calles.

Convertida en la aspirina de la época, la demanda de *mumia* aumentó tanto que terminó por agotar los recursos persas.<sup>1</sup> Negociantes al fin, los mercaderes orientales no tardaron en encontrar un sustituto alpreciado y escaso producto. Como veremos en el capítulo 3, durante el proceso de la momificación el cuerpo era embadurnado entre otras sustancias con resinas y aceites que, al secarse, endurecerse y oxidarse terminaban adquiriendo un color y consistencia casi idénticos a los del betún natural. Los avispados mercaderes egipcios consideraron que esta resina seca encontrada en las momias era la sustancia perfecta para sustituir al betún original. Estamos a años vista de la aparición de la egiptología como ciencia, de modo que a nadie le preocupaba todavía el destino de unos restos humanos y animales viejos y polvorientos. Además, como en Egipto existían millones de momias de todo tipo, eran fáciles de conseguir y el suministro quedaba asegurado por mucho tiempo.

Siempre atentos a los últimos avances de la farmacopea, los médicos occidentales consideraron que el cambio del betún por la resina seca de la momificación había sido para mejor. Según su versada opinión, los músculos y la carne humana adheridos ocasionalmente a la nueva variedad de *mumia* poseían características particulares que mejoraban las propiedades terapéuticas de la misma. En 1581, en Fráncfort del Meno se vendían tres variedades de momia: 1) *Mumia arabus*, *Mumia sepulchorum*, *Mumia factitia*, *pissasphaltum*, seu *picibitumen factitium*; 2) *Mumia Arabus vulgaris*; y 3) *Mumia Grecorum*, *pissasphaltum*, *picibitumen*. El evidente aspecto antropófago de la práctica no debe sorprendernos demasiado, porque hoy día se sigue haciendo algo semejante: los médicos han utilizado la glándula pituitaria de cadáveres para preparar remedios contra las deficiencias en la producción de la hormona del crecimiento. No obstante, no

todos los galenos de la época estaban a favor de la *mumia* como panacea médica. El francés Ambroise Paré (1509-1590) dejó clara su opinión contraria en su *Discours de la momie* (1582):

Pero el efecto de esta malévola droga es tal que no sólo no mejora nada a los enfermos, como he visto numerosas veces por propia experiencia en aquellos a los que se les hace tomarla, sino que les causa un gran dolor en el estómago, con apestosidad en la boca, grandes vomitamientos, que son origen de conmociones en la sangre y más la hace salir de los vasos que la detiene.<sup>2</sup>

Dado que incluso los reyes la utilizaban (Francisco I de Francia [1499-1547] viajaba siempre con una pequeña reserva personal por si un acaso de enfermedad o herida, que tomaba mezclada con polvo de ruibarbo), la demanda de *mumia* en Europa era brutal y los saqueadores de tumbas se las veían y deseaban para abastecer al mercado. En vez de ensuciarse las manos buscando necrópolis antiguas, los menos escrupulosos de los mercaderes de Alejandría recurrieron, ya desde el 1200 d. C., a la momificación de asesinos ajusticiados y personas fallecidas sin identificar. Adecuadamente tratados, estos cuerpos daban el pego a los menos conocedores de la mercancía. Guy de la Fontaine (1517-1590), médico del rey de Navarra, descubrió la superchería en 1564, cuando tras ver la colección de momias del principal vendedor de la ciudad le preguntó por los procedimientos de momificación de los antiguos egipcios. Riéndose de su ingenuidad, éste le confesó entonces que eran momias falsas, unas treinta o cuarenta, que él mismo había estado haciendo en los últimos cuatro años a partir de los cuerpos de esclavos y otras personas. Sólo en el siglo XVIII se consiguió detener este tipo de falsificación, justo cuando en Europa comenzaba la decadencia de la *mumia* como remedio de botica. Pese a ello, poco dados al cambio y mucho a copiarse unos a otros, algunos sesudos tratados de medicina de la época siguieron nombrándola. Terminada la demanda también lo hizo el tráfico y la *mumia* desapareció de los botiquines europeos; pero no sin antes dejar como herencia su nombre a los millones de seres muertos —hombres y animales— cuyo proceso de descomposición se ha detenido, ya sea por causas naturales o arti-



ficiales. Tanto éxito tuvo la sustitución del betún por la resina de embalsamar reseca que el continente —los cuerpos desecados (Fig. 1.2)— terminó por adquirir el nombre del contenido —la sustancia resinosa.

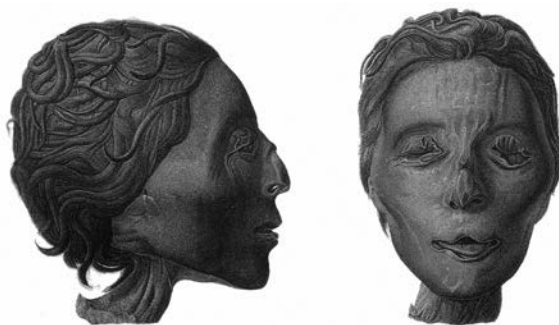


FIGURA 1.2. Momia de mujer encontrada por los miembros de la expedición napoleónica a Egipto.

Con todo, el uso de las momias egipcias como medicina no ha sido ni el único ni el más degradante de los sufridos por ellas. Los pintores del siglo XVIII, por ejemplo, les descubrieron otra utilidad. Triturado y mezclado en las justas proporciones con los aglutinantes adecuados, un trozo de momia se transformaba en una excelente pintura de color marrón. Entre las virtudes del «marrón de momia» se contaban su tono brillante y, en especial, su capacidad para secarse sobre el lienzo sin agrietarse.

Otro uso bastante especial de las momias fue el de materia prima para la fabricación de papel. La cosa sucedió, cómo no, en Estados Unidos. Primero se trató de una mera especulación teórica por parte del Dr. Isaiah Deck (1819-1862), quien en 1855 publicó un artículo en el *Sycaruse Standard* en el que llegaba a la conclusión de que importar momias desde Egipto para aprovecharlas como materia prima sería muy rentable económicamente. Una momia está enfajada, como término medio, por unos 16 kilos de vendas de lino. Importada desde Egipto, esa tela alcanzaba un precio de 6 centavos por kilo, es decir, la mitad que idéntico material fabricado en Estados Unidos. Eso sin contar con las valiosas resinas y aceites aromáticos que acompañaban al cuerpo, recuperables tras un proceso de purificación no muy caro. Deck no fue más allá en su lucubración, pues no llegó a sugerir en su artículo el uso de las vendas para fabricar papel. Un año después, sin embargo, llegó a los periódicos la noticia de que alguien en Nueva York las estaba utilizando justo para eso. Aquí quedó la

cosa hasta el estallido de la guerra de Secesión, que tantos estragos humanos y económicos causó en el país. La tela era necesaria para vendas y uniformes, de modo que los imprescindibles trapos para la fabricación de papel no tardaron en escasear.<sup>3</sup> Lógicamente, su precio subió. Tanto que en 1863 dos avispados industriales —Augustus Stanwood y William Tower— importaron desde Egipto varios cargamentos de momias destinadas a servir como materia prima para la pasta de papel. El resultado fue un basto papel de estraza, vendido a fruterías y tiendas de ultramarinos para envolver sus mercancías.

Siendo chocante como es, la reutilización del lino de las momias con fines industriales no lo es tanto como la noticia de que, durante un decenio largo, los ferrocarriles egipcios calentaron sus calderas usando momias como combustible. Bien pensado, la idea no resulta tan descabellada. En una momia puede haber hasta 24 kilos de material altamente inflamable: tela, huesos, papiros, resinas, aceites... Es innegable que su poder calórico es muy alto. Con todo, se trata de un dato que merece ser considerado con la mayor de las reservas. Es cierto que la fuente es uno de los más incisivos reporteros norteamericanos de la época, bien conocido por su capacidad para analizar con agudeza y acierto el mundo en que vivía, pero también, y sobre todo, por ser uno de los más guasones y ácidos miembros del gremio: Mark Twain (1835-1910). En su obra *Inocentes en el extranjero* (1903), relato de sus sufrimientos como turista, nos habla de los ferrocarriles egipcios, de los cuales tuvo conocimiento de primera mano durante su estancia en el valle del Nilo (cap. LVIII):

No hablaré de los ferrocarriles, pues son como cualquier otro ferrocarril. Sólo diré que el combustible que utilizan para la locomotora está compuesto por momias de tres mil años de antigüedad, adquiridas con ese propósito a tanto la tonelada o en el cementerio y que, en ocasiones, uno escucha al profano ingeniero decir malhumorado en voz alta: «J---r con estos plebeyos, no se queman nada... pásame un rey».

De cualquier modo, según comenzaron a hacerse más populares los viajes turísticos a la tierra del Nilo, el destino más habitual de las

momias fue el de terminar como mero *souvenir*. Un europeo recién llegado a Egipto, ansioso por disfrutar de todo el sabor del misterioso país de los faraones, estaba más que dispuesto a conseguir algo realmente exótico que llevarse a casa. Sabedores de esta predisposición, los guías no tardaban en ofrecerle la posibilidad de una interesantísima caza del tesoro, destinada a encontrar unas cuantas momias. En ocasiones las tumbas profanadas eran monumentos antiguos, pero eran las menos. La mayor parte de los «tesoros» de momias descubiertos por los turistas eran agujeros preparados al efecto, rellenos de momias de todo pelaje. Igual que ir de caza mayor, bastaba con situarse en el lugar indicado por los monteros y esperar para cobrar la pieza. Uno de los turistas más conocidos en recibir semejante tratamiento fue el hijo de la reina Victoria y futuro rey de la Gran Bretaña, Eduardo VII (1841-1910). El por entonces príncipe de Gales tuvo la increíble «fortuna» de encontrar un importante conjunto de momias de tremendo valor, le aseguraron (Fig. 1.3). Regresó a casa tan encantado con la experiencia que incluso sufragó de su bolsillo la publicación de una noticia del acontecimiento.

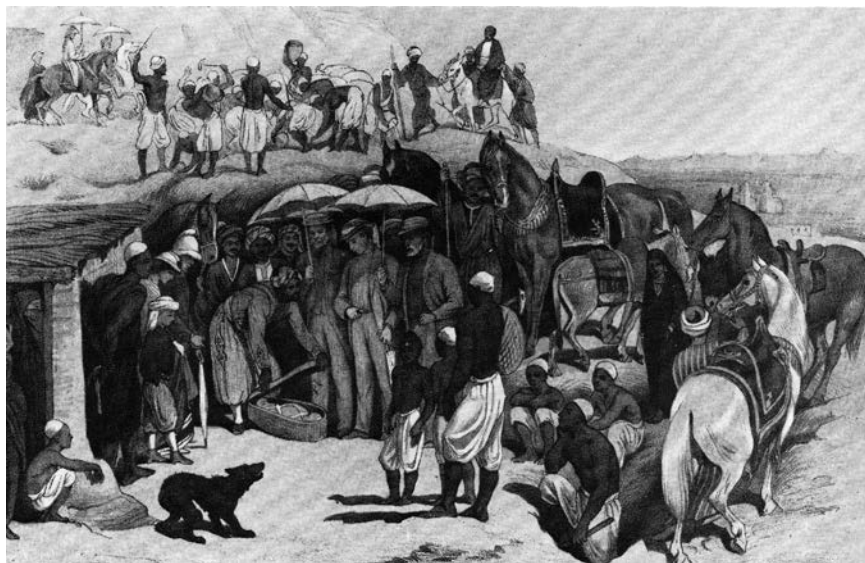


FIGURA 1.3. Descubrimiento de una momia en una excavación cerca de Tebas en presencia de su alteza el príncipe de Gales, 18 de marzo de 1862.

Las anécdotas al respecto de las momias-recuerdo son innumerables, sobre todo desde que a mediados del siglo XIX la creación del Servicio de Antigüedades y el comienzo de la protección oficial del patrimonio egipcio convirtieran su exportación en un delito. Fue sin duda el deseo de sentir la adrenalina corriendo por sus venas, el origen del fallido intento de dos turistas —las señoritas Brocklehurst— por convertirse en contrabandistas de momias. Habiendo viajado por el Nilo en su casa flotante, regresaban a El Cairo completamente decididas a escamotear su botín ante los ojos de los aduaneros. Sólo dos circunstancias pudieron al fin disuadir las: la cercanía de la aduana y la tremenda peste, cada vez más penetrante, emitida por el cuerpo en descomposición. La liberadora llegada de la noche les permitió deshacerse de las pruebas de su casi delito.

Otro turista, más firme o afortunado a la hora de sortear la aduana caiota, llegado a Europa se libró por los pelos de un mal encuentro con la justicia. Tras conseguir sacar de Egipto dos momias y embarcarlas en un tren camino a casa, se quedó estupefacto cuando la policía se dirigió a él muy escamada. Convenientemente asustado por la presencia de la autoridad, fue sometido a un decidido interrogatorio. La cosa comenzó cuando, en una revisión rutinaria, las momias fueron descubiertas en el vagón de equipajes. Dado el macabro contenido de sus maletas, creyeron ver en nuestro turista a un sanguinario asesino que intentaba deshacerse de los cuerpos del crimen, nunca mejor dicho. Suponemos que los amuletos egipcios de los supuestos asesinados terminaron por convencer a los policías de la inocencia del escamoteador de momias, pero ¡vaya susto! Con cadáveres sí que trató nuestro siguiente turista, encantado con la ganga conseguida en Asuán, una momia auténtica nada menos. El problema fue que, una vez analizada, la supuesta antigüedad faraónica resultó ser el cuerpo de un ingeniero inglés fallecido apenas unos años antes. Los egipcios le habían dado al turista gato por liebre. No es de extrañar: en el caso de las momias, en ellos es una costumbre inveterada, llevan haciéndolo miles de años.

La probidad de la mayor parte de los artesanos de las momias fue pareja a la falta de escrúpulos de algunos embalsamadores, en espe-

cial de época ptolemaica y romana. Por ejemplo, en algunos casos el problema de unas piernas demasiado largas para el sarcófago se solucionó partiendo los tobillos del difunto; se consiguió así la reducción de la momia en unos centímetros, que permitieron apañar el encargo. Si, después de ser extraídos, los órganos internos del cadáver se perdían o estropeaban antes de ser convenientemente momificados, la solución era sencilla, reemplazarlos por réplicas: los intestinos por cuerda, el hígado por una piel de vaca y los demás órganos por trozos de cuero y trapos. Un caso mucho más sangrante es el de la supuesta momia de un niño de época grecorromana que, al ser desvendada por William Mathew Flinders Petrie (1853-1942), resultó ser un fémur (para simular la longitud adecuada) unido a una tibia y un cráneo viejo relleno de barro (para conseguir la forma precisa de la cabeza y el torso). Lo más chocante es que el conjunto fue cuidadosamente vendado, introducido en un ataúd y luego enterrado. ¿Una falsificación para ganar tiempo y dinero o un cuerpo desaparecido por un desgraciado accidente? Imposible saberlo.

Con todo, las momias falsificadas en mayor número fueron las de animales. En época ptolemaica y romana, la costumbre de ofrendarlas a los dioses se volvió universal (véase el capítulo 13). Tanto que se han encontrado multitud de necrópolis con millones de animales momificados: ibis para el dios Thot, cocodrilos para el dios Sobek, toros para el dios Apis... Se ha llegado a sugerir, incluso, que junto a los templos los sacerdotes mantenían criaderos de animales destinados al sacrificio y a ser vendidos a los fieles. La momificación de estos animales se convirtió en un proceso casi industrial, destinado a satisfacer una elevada demanda. Esta circunstancia espoleó la picaresca de algunos, que se dedicaron a vendar cualquier material susceptible de pasar por el animal deseado una vez tratado: trapos, huesos, ladrillos, trozos de cerámica, etc. (Foto 1). No es de extrañar que el cuerpo del ingeniero inglés acabara siendo vendido transformado en una «legítima» momia faraónica. Muchos son los museos que cuentan con este tipo de falsificación en sus vitrinas. Como vemos, las momias egipcias nunca han dejado de ser un producto del que se podían conseguir importantes beneficios, no siempre legítimos.

En realidad, el sistema más sencillo de obtener ganancia de las momias era saquearlas. El robo de momias ha sido una constante en Egipto desde que los cuerpos comenzaron a enterrarse con ajuar funerario, es decir, desde antes de la aparición del Estado. La cantidad de riqueza inhumada era tan grande como la tentación de conseguirla mediante unas pocas horas de trabajo. Petrie nos habla en sus memorias de excavación de tumbas predinásticas halladas intactas por sus hombres; pero que demostraron haber sido saqueadas apenas unos días después de haberse realizado el enterramiento original, millares de años atrás. Acompañadas por valiosos amuletos de materiales preciosos y un importante ajuar, las momias suponían una tentación demasiado grande. Tentación que aumentaba cuando la tensión económica soportada por la sociedad era mayor, como sucedió a finales de la XX dinastía. Los reinados de Ramsés IX y Ramsés XI debieron de ser especialmente propicios para ello, puesto que nos han proporcionado los sumarios de dos importantes juicios habidos contra los responsables del robo de tumbas en las necrópolis de Tebas.

Por aquellas fechas el saqueo estaba completamente institucionalizado. Existían varios grupos establecidos de ladrones, en algunos casos apoyados por funcionarios de categoría, que saqueaban a placer las tumbas. En realidad, todo el mundo conocía los turbios negocios despachados por la noche en la necrópolis, pero a nadie le preocupaba demasiado. A algunos porque al final recibían una parte del robo y a otros porque la gente implicada contaba con apoyos que hacían peligrosa la delación. De hecho, todo el asunto estalló por los celos entre dos altos funcionarios. Uno de ellos decidió acusar al otro de connivencia en los robos con la intención de hacerlo desaparecer como contrincante político. Destapado el caso, las autoridades actuaron. No tardaron en encontrar a los culpables —a parte de ellos al menos— y los interrogatorios dieron su fruto. Los diligentes escribas tomaron nota de todo y ésta es la transcripción de la confesión de un tal Imenpanefer sobre su participación en los hechos:

En el año 13.º del faraón, vida, salud, fuerza, nuestro señor, partimos para saquear los monumentos funerarios según nuestro modo de hacer,

al que nos entregábamos con mucha regularidad [...]. Después, pasados algunos días, los cuidadores de Tebas se enteraron de que habíamos cometido saqueos en el Occidente. Se hicieron con nosotros y me encerraron en el lugar del gobernador de Tebas. Tomé los veinte *deben*<sup>4</sup> de oro que me habían tocado como parte. Se los di al escriba del distrito de Tameniui, Khemopet: me liberó. Me reuní con mis cómplices y ellos me dieron una parte. Hasta el día de hoy me seguí dedicando a la práctica de saquear las tumbas de los dignatarios y de las personas de la región que reposan en el occidente de Tebas, junto con los demás saqueadores que me acompañan, una gran cantidad de gentes de la región, que se dedicaban también al saqueo y que se encuentran agrupadas en equipos.

*Papiro Amherst-Leopold II.*<sup>5</sup>

No está mal para una sociedad de hace tres mil años: robos, saqueos, funcionarios corruptos, sobornos, juicios escandalosos, celos profesionales... Las momias eran una fuente de riqueza y todos lo sabían. El ladrón detenido por la policía no tuvo más que ofrecer su parte del botín al carcelero para ser liberado y poder continuar con el saqueo. Las momias no sólo beneficiaban a los ladrones, sino también a los encargados de protegerlas, pero ¿quién vigilaba al vigilante? En realidad los saqueadores no eran desechos de la sociedad, sino personas de clase media baja, que buscaban en ellas un sobresueldo para conseguir un mejor pasar. Su temor a ser sorprendidos no era demasiado grande, pues caso de ser atrapados tenían la seguridad de poder librarse sin demasiados problemas. Pese a sus propias creencias funerarias —con seguridad la idea de ver su propia momia profanada los molestaba enormemente—, no mostraban ningún respeto por los cuerpos momificados. Así describe el informe final de la Administración la técnica de los ladrones para hacerse rápidamente con el botín:

Se constató que los saqueadores las habían profanado todas, que habían arrancado a sus poseedores de sus ataúdes y sarcófagos y los habían abandonado en el desierto tras haber saqueado los elementos del ajuar que se les había dado, así como el oro, la plata y los adornos que se encontraban en sus ataúdes.

*Papiro Abbott.*<sup>6</sup>



Triste destino el de las momias, cuando no eran destruidas en busca de objetos preciosos, eran vendidas a ávidos turistas deseosos de llevarse a casa un pedacito de la mágica tierra que estaban visitando. La mayoría de las momias compradas como «recuerdo» ha sido «exportada» en época moderna. Un caso extremo sería el de la posible momia de Ramsés I. Se trata de un *souvenir* ignorado por todos durante años, considerado uno de los muchos cachivaches traídos a casa por el abuelo en uno de sus viajes. La historia de su identificación y regreso a Egipto merece la pena.

Al suceder como soberano de las Dos Tierras a su compañero de armas (el general Horemheb), poco podía sospechar Ramsés I que su destino final sería el de entretener a los visitantes en un museo. Desgraciadamente, durante cerca de siglo y medio no se trató de un museo de historia, destinado a lucir las glorias nacionales y permitir al público tener un contacto, siquiera mínimo, con los grandes faraones egipcios, sino de un abigarrado gabinete de «curiosidades», entre las cuales se contaban también un esqueleto de ballena, un cerdo con cinco patas y un ternero con dos cabezas. Peculiar compañía, no cabe duda. Por fortuna para su estima personal de faraón todopoderoso, las salas del museo guardaban varias momias egipcias más, que le hicieron las veces de séquito, contribuyendo sin duda a hacer más llevadera su suerte.

Fue precisamente en la sede de esta pintoresca institución, el Niagara Falls Museum —el más antiguo de Canadá, fundado en 1827—, donde allá por la década de 1980 el egiptólogo alemán Arne Eggebrecht (1935-2004) vio la momia por primera vez. Siendo un reputado especialista en la historia del Reino Nuevo egipcio, no pudo dejar de notar en ella una serie de particularidades que la convertían en algo digno de un estudio más profundo.

En primer lugar estaba su aspecto físico (Fig. 1.4), que de inmediato recuerda a las momias de Seti I (Fig. 3.1) y Ramsés II (Figs. 1.5 y 15.3), respectivamente, su hijo y su nieto, con su nariz ganchuda. Este tipo de semejanza no es, desde luego, una base firme para apoyar la identificación, pero sí permite despertar las sospechas del especialista. Los historiadores del arte hablan del «ojo del experto» y



FIGURA 1.4. La posible momia de Ramsés I mientras estuvo expuesta en el Museo de El Cairo.



FIGURA 1.5. La nariz ganchuda de los ramésidas. Fotogrametría del perfil de Ramsés II.

no es la única ciencia histórica donde existe. Colegas de Eggebrecht, como los egiptólogos Bob Brier (Universidad de Long Island), Aidan Dodson (Universidad de Bristol), Salima Ikram (Universidad Americana de El Cairo) y Peter Lacovara (conservador del Museo Michael C. Carlos de la Universidad de Emory, Atlanta), coincidieron en su apreciación.

Pese a haber levantado las sospechas de la comunidad científica, la momia tuvo que esperar más de un decenio antes de ser sometida a un estudio exhaustivo. La oportunidad sólo se presentó en 1999, cuando el museo que la cobijaba cerró sus puertas al público y la Universidad de Emory (Atlanta) pudo comprar toda su colección egipcia —incluida la momia— por dos millones de dólares. Entre los más de 145 objetos adquiridos había vasos canopos, amuletos, joyas, esculturas de bronce, objetos de cerámica, cestas, un relieve y un grupo de diez sarcófagos con sus correspondientes momias. La cronología general de la colección va desde la XXI dinastía (1069 a. C.) hasta la época romana (30 a. C.) y, no obstante la aparente calidad de los sarcófagos, nunca había sido estudiada ni publicada en ninguna revista científica. De todos estos objetos, el que se investigó más a fondo fue la posible momia real. Además de someterla a un completo estudio radiográfico, se le realizó un TAC, se tomaron pequeñas

muestras biológicas para intentar desentrañar su ADN y se realizaron estudios radiocarbónicos de cronología absoluta. Las fechas del  $C^{14}$  la sitúan entre el 1570 y el 1070 a. C., en perfecta correspondencia con la cronología de las dinastías XVII a XIX. Desgraciadamente, ninguno de estos estudios ha demostrado de forma irrefutable que se trate de la momia de Ramsés I.

Pese a lo anterior, además de su parecido físico, la momia presenta unas características concretas que permiten a los especialistas fundamentar su opinión. Una de ellas es el tipo de momificación, muy cuidada, en la cual se puso mucho empeño en proteger el cuerpo y en la que destacan el meticuloso vendaje de la cara y la gran cantidad de resina empleada —un producto muy caro—. En opinión de Ikram —una reputada especialista en este campo—, las características técnicas de la momia la sitúan cronológicamente entre finales de la XVIII dinastía y comienzos de la XIX, justo la época de Ramsés I. Si a esto le sumamos los brazos cruzados sobre el pecho, una postura de embalsamamiento que en el Reino Nuevo estaba reservada exclusivamente a la realeza, parece indudable que como mínimo nos encontramos ante los restos de un miembro de la familia real egipcia de esa época.

Como veremos en el capítulo 9, la mayoría de las momias de soberanos del Reino Nuevo fueron encontradas a finales del siglo XIX, todas juntas en una tumba de Deir el-Bahari. En ella también apareció el ataúd vacío de Ramsés I. A lo que parece, la momia que contenía fue escamoteada de su escondrijo al poco de ser éste descubierto por una familia de ladrones, para ser vendida de inmediato a un turista en busca de un recuerdo de calidad. El comprador fue un coleccionista de momias quien, tras sacarla del país, se la vendió a su vez a un médico canadiense. Algún tiempo después, la momia pasó a formar parte de los fondos del Niagara Falls Museum, y así es como un faraón de Egipto acabó sus días en el Canadá. Tras varios milenios de tranquila espera sin la visita de los profanadores de tumbas, Ramsés I terminó por sufrir la ignominia del saqueo apenas unos años antes de que el mundo académico contemplara asombrado a sus compañeros de refugio.

Nuestra momia, devuelta a Egipto en octubre del 2003 con gran alarde publicitario, podría ser en realidad la de alguno de los varios faraones del período cuyo cuerpo aún no se ha encontrado. Como está datada entre finales de la XVII y comienzos de la XIX dinastía, los únicos candidatos posibles con los que identificarla son Horemheb, Ramsés I y Ramsés VII; por desgracia, la edad calculada a la momia por los antropólogos físicos, unos 45 años, tampoco es de mucha ayuda a la hora de descartar a algún candidato, porque los tres soberanos llegaron al trono lejano ya su juventud.

El estudio de la momia canadiense, dirigido por Lacovara, no ha permitido llegar a una conclusión satisfactoria respecto a su identidad. No obstante, nadie duda de que la momia pertenece a un soberano egipcio. La directora del museo, Bonnie Speed, resume así el resultado de la investigación: «Estamos seguros al 100 por 100 de que la momia es real y en un 95 por 100 de que se trata de Ramsés I». Una vez quedó establecida fehacientemente esta circunstancia, el museo decidió devolver la momia a Egipto. El hijo pródigo había regresado a casa. En la actualidad está expuesto, dentro de su sarcófago, en el Museo de Luxor. Es el mejor ejemplo del cambio experimentado en la mentalidad occidental respecto a las momias: de mero «recuerdo» turístico han devenido en valiosos documentos del pasado. El proceso ha sido largo y comenzó casi al mismo tiempo que el polvo de momia era consumido con fruición y los cuerpos embalsamados se usaban para los más diversos menesteres. Ya entonces, personalidades aisladas dedicaban parte de su tiempo a estudiar, con visos científicos, estos curiosos restos del lejano pasado faraónico.

El primer estudioso de las momias del que se tiene constancia es el francés Benoit de Maillet (1656-1738). Fue cónsul de Luis XIV en El Cairo y como tal estaba bien al tanto del tráfico de momias. Entre sus obligaciones principales se encontraba la de ocuparse del bienestar de los viajeros franceses que por la ciudad pasaban. En septiembre de 1698 decidió lucirse ante uno de estos grupos desvendando una momia para ellos. No tomó ninguna nota del proceso ni de las características del cuerpo; pero sí de algunos de los amuletos aparecidos entre las vendas de lino (Fig. 1.6). El mismo énfasis en los

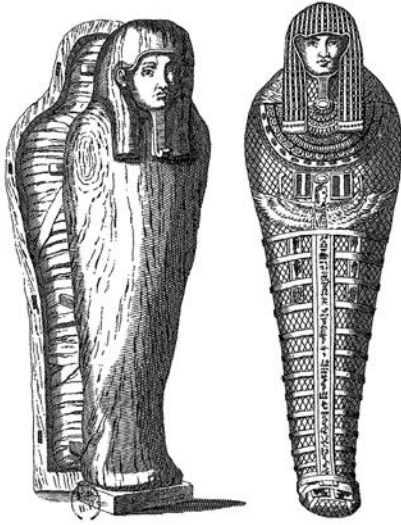


FIGURA 1.6. Momia estudiada por De Maillet.

objetos y desinterés por la momia demostró unos años después el también galo Frédéric Caillaud (1789-1869). En su caso se trataba de la momia de un niño de época romana, llamado Petamenofis. Aparte de la fecha de su nacimiento, escrita en la etiqueta que acompañaba al cuerpo, poco más mereció la atención de Caillaud; sólo nos dice que fue enterrado con una rama de olivo de metal en la cabeza y placas de oro sobre los ojos y la boca.

El paso intermedio hacia un estudio realmente «científico» de

las momias lo dio un boticario germano, Christian Hertzog, quien en 1718 desvendó un cuerpo y después publicó un informe sobre el proceso. Décadas después, un médico y anatomista alemán, Johan Friedrich Blumenbach (1752-1840), estuvo en Londres un par de meses del año 1792 desvendando todas las momias que le dejaron y descubriendo que algunas eran falsas. Mucho más comedido fue el médico personal del duque de Cumberland, el doctor August Granville (1783-1872), quien en 1825 estudió la momia de una egipcia de la XXVI dinastía llamada Irtyersenu. El resultado de la autopsia fue publicado ese mismo año por la Royal Society. Tres años después, en 1828, se pidió a la Biblioteca y Sociedad Filosófica de Leeds que estudiara una momia propiedad de un banquero. El trabajo le fue encargado al historiador William Osburn (1793-1867), quien contó con la ayuda de químicos y anatomistas. Se trataba de los restos de un sacerdote de la XX dinastía llamado Nesamón, quien volvería a ponerse en manos de los doctores más de siglo y medio después, en 1989.

La práctica del desvendado de momias continuó extendiéndose y a mediados del siglo XIX se había convertido en todo un evento en

Londres. El principal instigador de los mismos no podía ser otro que Giovanni Battista Belzoni (1778-1823). Este aventurero de múltiples habilidades había trabajado con gran éxito para Henry Salt (1780-1827) —el cónsul británico en El Cairo—, consiguiéndole muchas de las piezas que compusieron sus importantes colecciones egipcias.<sup>7</sup> Su antigua profesión de forzudo de circo —el «Sansón Patagón» era su nombre artístico— nos habla del gusto de Belzoni por el espectáculo, que en este caso consistió en el desvendado público de unas cuantas momias. Como ayudante escénico contó con su amigo el cirujano Thomas Pettigrew (1791-1865), quien no tardó en imitar su ejemplo de forma independiente.

Los primeros intentos de Pettigrew tuvieron lugar de forma privada, con una momia conseguida en una subasta. No se limitó a ver qué amuletos había bajo las vendas, sino que tomó notas de todo. Ya con alguna experiencia, decidió dar conferencias sobre la cuestión. El plato fuerte de las mismas tenía lugar tras la charla y consistía en desvendar una momia para exponer ante los asistentes el magro cuerpo de un egipcio. La primera conferencia tuvo lugar en el Hospital de Charing Cross, el 6 de abril de 1833. En total, fueron una docena las conferencias con momia que impartió, todas con gran éxito de crítica y público. Con los datos así reunidos, Pettigrew publicó uno de los primeros volúmenes científicos sobre el tema: *History of Egyptian mummies* (1834). En él no sólo hacía hincapié en los aspectos anatómicos de las momias, sino que también buceaba en las fuentes antiguas sobre la cuestión, amén de estar ilustrado con cuidadosos dibujos de restos momificados. La novedad era tal que la moda prendió en Londres y poco después los muy ricos celebraban reuniones con té y momias egipcias, desvendadas para entretener a los invitados (Fig. 15.2). Quedaba mucho trabajo por hacer, pero Pettigrew había indicado la dirección correcta. Su influencia más inmediata fue sobre el médico británico John Davidson (1797-1836), quien en 1833 desvendó dos momias de la Royal Institution, publicando meses después un informe sobre las mismas.

Todavía en la década de 1880, los miramientos con las momias eran escasos, aun los tenidos con ellas por el propio jefe del Servicio



de Antigüedades Egipcias, Gaston Maspero (1846-1919). Como no tardaron en sufrir personalmente los faraones del glorioso Reino Nuevo —recién descubiertos en el *cachette* de Deir el-Bahari, de donde fuera escamoteado Ramsés I—, el cuerpo reseco de las momias seguía siendo poco más que una curiosidad para los egiptólogos. La de Tutmosis III fue la primera de las momias reales en pasar por las manos de Maspero. En 1881 éste rajó sus vendas de la cabeza a los pies para exponer el cuerpo del gran conquistador egipcio ante una audiencia de curiosos. El estado del cadáver era lastimoso, sólo las vendas mantenían unidos los pedazos (Fig. 1.7). Visto el panorama, la envoltura de la momia fue recosida y el «paquete» dejado reposar tranquilo. Pocos años más tarde, la momia de Ramsés II (Figs. 1.5 y 15.3) sufrió la misma suerte, esta vez ante una audiencia de altas personalidades egipcias. Los resultados fueron algo más alentadores, pero la mala conservación posterior de la momia obligaría —en 1976— a trasladarla a París para un tratamiento de choque que evitara su desaparición definitiva.

Con el descubrimiento fortuito de los rayos X en 1895, a manos del alemán Wilhelm Conrad Roentgen (1845-1923), se empezó a disponer de los medios necesarios para no tener que librar a las momias de sus vendas a la hora de estudiarlas. Obviamente, sólo unas pocas y privilegiadas gozaron de tal trato de favor, pues por aquel



FIGURA 1.7. La momia de Tutmosis III tras ser cortadas sus vendas por Maspero.



entonces el procedimiento era casi una curiosidad científica. El placer del hallazgo siguió ganándole la partida al deber de la conservación. Las radiografías eran un proceso delicado y caro, empleado únicamente en casos especiales. Incluso cuando eran radiografiadas, no fueron pocas las momias desvendadas después, como le sucedió a la de Tutankhamon.

Pese al nuevo invento, todavía faltaba bastante para que la inmensa cantidad de información contenida en las momias fuera evidente para todos. Las momias de los faraones Djer (I dinastía, descubierta en 1900) y Khasekhemuy (II dinastía, descubierta en 1897) sufrieron en sus carnes tal ignorancia. Encontrada por Émile Amélineau (1850-1915), de la segunda sólo sabemos la ínfima descripción ofrecida por éste en la memoria de excavación; como sucio revoltijo de huesos y tela que era, terminó en la basura (sobre este suceso véase el capítulo 7). La primera tuvo más suerte, pero sólo al principio. Excavada por Petrie —en realidad se trataba sólo de un antebrazo—, fue fotografiada (Fig. 8.1), dibujada y cuidadosamente descrita antes de ser enviada al Museo de El Cairo. Allí la realidad se impuso terca: el «conservador» —en este caso Emile Brugsch (1842-1930)—<sup>8</sup> se quedó con las preciosas pulseras que adornaban la muñeca y tiró a la basura los huesos y vendas como algo carente de valor.

Pese a todo, los rayos X sí supusieron el comienzo de un cambio. En marzo de 1896, apenas cuatro meses después de su descubrimiento, Walter König (1859-1936) lo aplicó por primera vez a unas momias egipcias, concretamente un niño y un gato del Museo Senckenberg de Fráncfort (Fig. 1.8). Ese mismo año, Thurstan Hollan ra-



FIGURA 1.8. Primera radiografía de una momia egipcia, un gato, realizada en 1896 por König.

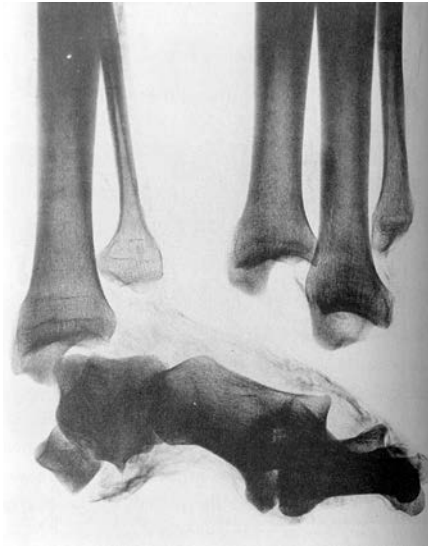


FIGURA 1.9. Tercera radiografía de una momia egipcia, realizada por Petrie en 1898.

diografió la momia de un pájaro en Liverpool; Petrie hizo lo propio en 1897 (Fig. 1.9) y algo después también Grafton Elliot Smith (1871-1937). Este neuropatólogo australiano sería uno de los impulsores del desarrollo del estudio paleopatológico de las momias egipcias. En 1904 utilizó los rayos X para estudiar las hepí-fisis de los huesos de la momia de Tutmosis IV y así averiguar su edad. El traslado del cuerpo hasta el hospital donde tuvo lugar el estudio, realizado en un ajadado taxi cairota, debió de ser digno de verse. Fue una más de

las aproximadamente 30.000 momias egipcias que Smith llegaría a examinar en toda su vida. Resultado de toda esta experiencia, y de su colaboración con un tardío llegado a la egiptología y las momias, Warren Royal Dawson (1888-1968), fue un libro convertido hoy en todo un clásico de la materia: *Egyptian mummies* (1924).

En 1908, Margaret Murray (1863-1963) inauguró a la vez la creación de grupos de trabajo interdisciplinarios y la tradición del Museo de Manchester en el estudio científico de las momias egipcias. El equipo lo componían una egiptóloga —ella, que había sido alumna de Petrie—, un médico, tres químicos y dos expertos en tejidos. Dedicaron sus conocimientos conjuntos a estudiar científicamente cuatro momias: las entonces recién descubiertas de Nakhtankh, Khnumnakht<sup>9</sup> —en una tumba intacta en Rifeh— y otras dos pertenecientes a la colección del museo. Las bases del estudio exhaustivo de las momias estaban sentadas, y desde entonces, las técnicas no destructivas no han hecho sino mejorar. Aun así, el segundo cuarto del siglo xx no supuso, en cuanto al estudio de las momias egipcias se refiere, el avance espe-

nable tras los esperanzadores comienzos del primer cuarto. Sólo a partir del final de la segunda guerra mundial comenzó de nuevo a cobrar impulso el estudio paleopatológico de las momias, esta vez de forma continuada. Tanto que en la actualidad ni siquiera es necesario sacar a las momias de sus ataúdes para estudiarlas. Sin abrirlos siquiera, la tomografía axial computerizada (los famosos TAC) (Foto 23) permite obtener un conocimiento infinitamente más exhaustivo y profundo del que consiguiera Maspero con sus tijeras, dejando al aire el maltrecho cuerpo de Tutmosis III (Fig. 1.7).